

evocan los recuerdos de la terrible religión del pasado; aquellas tumbas eran también el altar en que se inmolaba á las víctimas, á la memoria de los muertos.

—Tahiti, decía Pomaré, ha sido la única isla en donde, aun en los tiempos antiguos, no eran comidas las víctimas después del sacrificio. Se verificaba tan sólo un simulacro de la danza y comida *macabra*, y los ojos, arrancados de las órbitas de las víctimas y colocados juntos en un plato, eran servidos á la reina.—¡Horrible prerrogativa de la soberanía! (*Textual. Oído de los propios labios de Pomaré.*)

## XLIX

Tahaapairu, el padre adoptivo de Rarahu, ejercía una industria tan original, que en nuestra Europa, tan fecunda en invenciones de todo género, de seguro no ha imaginado nadie cosa semejante.

Tahaapairu era muy viejo, cosa que en Oceanía es poco común; además tenía barba, y esta barba era blanca, objeto de los más raros allí. En las islas Marquesas la barba blanca es un género casi imposible de encontrar, y se emplea en la fabricación de ornamentos pre-

ciosos para el peinado y las orejas de ciertos jefes. Algunos ancianos son cuidadosamente mantenidos y conservados allí para la explotación de esta parte de su persona.

Dos veces por año, el viejo Tahaapairu cortaba sus barbas y las enviaba á Hivaoa, la más bárbara de las islas Marquesas, donde las vendía á precios fabulosos.

## L

...Rarahu examinaba con mucha atención y no menos terror, una calavera que tenía yo sobre mis rodillas.

Estábamos los dos sentados encima de uno de los montículos de coral que ocultan las sepulturas, y bajo los grandes bosques de hierro. Era á la caída de la tarde, y el lugar en donde nos encontrábamos, pertenecía al distrito de Papenoo; el sol reflejaba sus rayos en el gran Océano, en medio del más asombroso silencio de la naturaleza.

Aquella tarde contemplaba yo á Rarahu con más ternura que otras veces; era la víspera de uno de mis viajes; el *Rendeer* iba á alejarse por algún tiempo y á visitar al Norte el archipiélago de las Marquesas.

Rarahu estaba sumergida en uno de sus sueños de niña que yo no pude penetrar nunca más de una manera imperfecta. Por un momento había estado iluminada por brillantes y dorados rayos; luego el sol, internándose en el mar, marcaba tan sólo su silueta esbelta y graciosa...

Rarahu no había visto jamás tan de cerca el lúgubre objeto que reposaba sobre mis rodillas, y que para ella, como para todos los polinesianos, era un objeto horriblemente aterrador.

Se veía que aquel siniestro objeto despertaba en su alma inculta multitud de ideas nuevas; ideas á las cuales no podía dar forma precisa...

Aquella calavera debía de ser muy vieja, porque estaba casi fósil y había adquirido el tinte especial que la tierra de aquel país da á las piedras y á las osamentas al cabo de muchos años... La muerte pierde su horror cuando se remonta á tan lejanas fechas...

«¡Riaria!» decía... Rarahu. (*Riaria*, palabra tahitiana, que no se traduce sino de una manera imperfecta, por la palabra *aterrador*, porque designa entre los tahitianos el terror particularmente sombrío que procede de los espectros y de los muertos...)

—¿Qué es lo que puede causarte terror en este pobre cráneo?—pregunté á Rarahu...

Rarahu me contestó, señalándome la desdentada boca de la calavera:

—La risa es lo que me aterra, Loti; su risa de Toupapahu...

...Era ya una hora muy avanzada de la noche cuando emprendimos el regreso á Apiré, y Rarahu experimentó durante el camino los más grandes terrores... En aquel país, en donde no hay absolutamente nada á que temer, ni á las plantas, ni á las fieras, ni á los hombres; donde puede uno, no importa el lugar, dormirse al aire libre, solo y sin arma alguna, los indígenas tienen miedo á la oscuridad y tiemblan ante imaginarios fantasmas...

Aun en los lugares descubiertos, en las playas, creen ver fantasmas los tahitianos. Rarahu estrechaba fuertemente mi mano, y cantaba *himené* para acallar su miedo...

Tuvimos necesidad de pasar por un extenso bosque de cocoteros, que fué muy penoso de atravesar...

Rarahu caminaba delante de mí, dándome las dos manos por la espalda—procedimiento poco cómodo para caminar de prisa—se encontraba más protegida así, y más segura de no ser traidoramente cogida por los cabellos, por la calavera de color de ladrillo.

La oscuridad era completa en aquel bosque, en el cual se aspiraba el suave y agradable aroma de las plantas tahitianas... el suelo es-

taba cubierto de grandes hojas secas, que crecían bajo nuestras plantas. Se percibía en las alturas ese ruido particular de los bosques de cocoteros, el sonido metálico de las hojas al entrechocarse; á nuestra espalda sentíamos las carcajadas de los Toupapahous, y en el suelo un ruido horrible: la fuga precipitada de toda una población de cangrejos azules, de tierra que al aproximarnos nosotros se apresuraban á esconderse en sus subterráneas viviendas...

## LI

...El siguiente día fué, como de despedida, muy agitado...

Por la tarde esperaba ver por fin á Tahimaha; había vuelto á ir á Tahiti, según me aseguraron, y yo la cité por conducto de una de las damas de la reina, para la playa de Fareute, á la caída de la tarde...

Cuando á la hora fijada llegué á aquel lugar aislado, vi en seguida una mujer inmóvil, que parecía esperar con la cabeza cubierta por un espeso velo blanco.

Me acerqué á ella, llamando antes de llegar á su lado: ¡Tahimaha! ¡Taimaha! La mujer velada me dejó repetir varias veces este nombre sin responder; volvió la cabeza hacia otro lado, y se reía bajo los pliegues del velo.

Impaciente, me acerqué, y separando el velo de su rostro, me encontré con que éste era conocido; era Faimana, que huyó riéndose á carcajadas...

Faimana no me dijo qué aventura amorosa la había conducido á aquel lugar, en el cual, á pesar de sus carcajadas, no le agradó encontrarse conmigo; no había oído hablar de Taimaha, y no pudo darme noticia alguna de ella...

Fuerza me fué aplazar para otro día una nueva tentativa de verla; parecía que aquella mujer era un mito, ó que un poder misterioso se complacía en alejarnos al uno del otro, reservándonos para más adelante una entrevista más conmovedora...

Partimos al día siguiente un poco antes de amanecer; Tiahoui y Rarahu fueron á la hora de las últimas estrellas á acompañarme hasta la playa...

Rarahu lloró abundantemente, aunque sabía que el viaje del *Rendeer* no debía prolongarse más de un mes; tenía quizás el presentimiento de que los deliciosos días que acabábamos de pasar juntos no volverían...

El idilio había terminado. Contra nuestras previsiones humanas, aquellas horas de tranquilidad y de dicha pasadas al borde del arroyo de Fataoua habían desaparecido para no volver...